

## EL CUERPO SUTIL. CONSUSTANCIALIDAD Y “CONTAGIO” ENTRE EL CUERPO HUMANO, SUS PARTES Y LOS OBJETOS QUE LO RODEAN

ANTONELLA FAGETTI

Lo que convierte el conjunto de sangre, carne, huesos y órganos en un cuerpo vivo es el principio vital que éste alberga, cuya presencia se manifiesta a través del latido del corazón, los pulsos y el calor que despide. Es, además, el que le imprime movimiento y le confiere la facultad de discernir, pensar y actuar. Se trata de un ente invisible, impalpable y etéreo, un cuerpo sutil que posee cierta autonomía, porque puede abandonar el cuerpo durante el sueño y vivir todo tipo de experiencias. No importa que sea único o múltiple, sean uno, dos o tres y que cada uno se nombre de modo diferente, que sea el *ch'ulel* de los tseltales o el *tonal* de los nahuas, que los mexicaneros lo nombren *ihio*, los huicholes *kupuri*, los otomí *ntahi* o los totonacos *listakna* (Alvarado 2004; Galinier 1990; Ichon 1990; Page 2005; Pitarch 1996; Signorini; Lupo 1989), lo significativo es que los pueblos indígenas actuales de México comparten una noción de persona que reconoce implícitamente que ésta está conformada por el cuerpo físico y el cuerpo sutil.

Alfredo López Austin (1984:363) llamó a esta fuerza que alberga el cuerpo físico “entidad anímica” y evidenció que los antiguos nahuas concebían a la persona como dotada de tres entidades anímicas diferentes: el *teyolia*, albergado por el corazón, el *tonalli*, concentrado en la cabeza, pero también disperso en todo el cuerpo y, finalmente, el *ihiyotl*, situado en el hígado. Especialmente, se concebía el *tonalli* como un ente fragmentable, que podía quedar adherido a uñas y cabellos (López Austin, 1984 367). Digamos que, si el *tonalli* es considerado como una fuerza presente en todo el

cuerpo, cada porción de él la contiene y la conserva aun cuando ésta sea separada de la totalidad. No es el caso, entonces, solamente de uñas y cabellos, sino de todo lo que conforma el cuerpo —órganos, huesos y músculos— y lo que éste produce y excreta: sangre, orina, heces, lágrimas, saliva, leche, sangre menstrual y esperma.

El cuerpo sutil se concibe, por un lado, como una fuerza vital esparcida en todo el cuerpo, en cada una de sus partes y, por lo tanto, múltiple y divisible. Por otro, como único, porque es también el *alter ego*, el doble de la persona, que se aleja de su receptáculo material, el cuerpo físico, y se sumerge en el “mundo invisible”, al cual accede a través de los sueños o el trance. Es también el que “se queda” en la tierra o en el agua cuando la persona se asusta.

El cuerpo sutil se asemeja, por su condición etérea, a los seres y entidades que habitan el “mundo invisible” e intangible, que coexiste y comparte una relación de co-presencia con el mundo del aquí y ahora, donde moran los seres humanos de carne y hueso, que podemos calificar como el “mundo de la vigilia”. Hablo de dos mundos para diferenciar uno de otro, se trata más bien de dos dimensiones coexistentes, co-presentes y homólogas: la dimensión de la vigilia y la dimensión de lo “espiritual”, como es calificada por los mismos curanderos.

El mundo invisible podemos dividirlo en tres dominios, cada uno de los cuales alberga a sus propios moradores: los seres divinos del santoral católico, Dios Padre, Jesucristo, la Virgen María, y sus advocaciones, y los santos, con su contraparte: el Diablo; los seres de la naturaleza antropomorfizada, personificaciones de sus elementos, como son cerros, árboles, cuevas, manantiales y lagunas, que habitan y de los cuales se definen como sus “dueños” y, por último, los muertos, seres desencarnados que a menudo no abandonan este mundo y permanecen cerca de los vivos, habitantes del “más allá” que regresan en la fiesta de Todos los Santos a gozar de la ofrenda que sus deudos preparan para ellos.

Esta distinción entre el mundo de la vigilia y el mundo invisible no existe en la mente de quienes piensan la naturaleza y el cosmos como vivos, donde circulan fuerzas tanto malignas como benéficas para los seres humanos. Se trata más bien de dimensiones de la vida humana co-presentes y coexistentes, porque con el aquí y el ahora de la vigilia está y existe también el mundo invisible con todos sus moradores.

Es como si el mundo invisible fuera la réplica del mundo de la vigilia. Un árbol, por ejemplo, en el mundo visible, del aquí y del ahora, se puede ver y palpar porque está hecho de materia pesada, pero ese mismo árbol, en esa dimensión oculta por lo general al ojo humano, tiene “otra” existencia, posee una cualidad diferente: tiene un dueño que vive en él, que es al mismo tiempo el “espíritu del árbol”, lo cual convierte al árbol mismo y al paraje en un sitio peligroso. De hecho, el dueño del árbol puede manifestar su presencia con apariciones repentinas ante transeúntes solitarios, quienes resultan afectados anímicamente por la visión, simplemente por haberlo visto y haber entrado de ese modo en contacto con él, con algo que es parte de otra realidad.

Esta otra realidad es también aquella cuya existencia se manifiesta con más insistencia en las experiencias oníricas. Allí, el cuerpo sutil de la persona se mueve y actúa sin problema, porque posee la misma cualidad que distingue al mundo invisible y a todo lo que éste contiene, es decir, que comparte con todos los entes la misma sustancia sutil, impalpable y etérea.

La noción mesoamericana de persona hace hincapié en las características intrínsecas del cuerpo sutil, del cual cada individuo está dotado. Por un lado, éste tiene la capacidad de desprenderse del cuerpo físico y actuar en el mundo invisible, prueba contundente de ello serían los sueños, que atestiguan su relativa autonomía, y la idea según la cual puede “quedar” atrapado en el lugar donde la persona sufrió un susto. Asimismo, puede permanecer “adherido” a cualquier objeto que ha estado en contacto con la persona y estar presente en cada porción o sustancia del cuerpo material.

Es con base en estos principios que el muñón, la porción del cordón umbilical que queda pegada al ombligo del niño, y que se desprende algunos días después del nacimiento, no sólo contiene su fuerza anímica, sino que, en virtud de haber sido parte del recién nacido, es al mismo tiempo el recién nacido. Esta idea la expuso Gutierre Tibón en *La tríade prenatal*, ejemplificándola con las numerosas evidencias que dan fe de ello. Desde el nacimiento del niño y hasta el desprendimiento de esta porción del ombligo, éste “se impregna paulatinamente de energía mágica” convirtiéndose en el *alter ego* del recién nacido, “receptáculo de una parte del alma del ser vivo y ligado a su destino”, por lo cual “el daño que se le hace a este doble repercute en la criatura”. Según este autor, se trata de un “arquetipo universal” que surgió de la “identidad de circunstancias del alumbramiento” y que encontramos no sólo en México, sino en muchas culturas en el mundo (Tibón 1985:100, 134, 254 y 256).

En la Sierra Norte de Puebla, el muñón se deja en una de las ramas más altas de un árbol para propiciar que el niño, al crecer, no le tenga miedo a la altura y pueda treparse sin problemas a los árboles. Lo mismo perseguían los mexicas al enterrar el ombligo de la niña junto al fogón y el del niño en el campo de batalla, según narra Sahagún (1982:384-385). El vínculo que el pensamiento simbólico-mágico establece entre el niño y el muñón como su *alter ego* indica que entre ambos existe una consustancialidad, es decir, que ambos comparten la misma sustancia, la misma fuerza anímica, que los une a un mismo destino.

Ocurre lo mismo con la “ropita”, el amnios que envuelve al feto durante la gestación, y que en algunos casos queda adherida a su cuerpo al momento de nacer. Los nahuas de la Sierra Negra, al sureste del estado de Puebla, y de la Mixteca, la parte sur que colinda con Guerrero y Oaxaca, consideran que los niños y las niñas que vienen al mundo con la “ropita” están destinados a curar. Generalmente las parteras, como “hierofantas del misterio del alumbramiento”, como las define Tibón, saben interpretar las señales o las marcas corporales que “trae” el recién nacido, que indican su

destino. Hay quienes nacen con dos remolinos en la cabeza, otros lloran en el vientre durante el embarazo, otros llevan el cordón umbilical a manera de carrillera.

El futuro del niño depende de la sabiduría y la buena voluntad de la partera, quien, en primer lugar, debe interpretar esos signos cuidadosamente y, en el caso del amnios, debe guardar celosamente sin revelar a nadie la existencia de la preciosa envoltura. Se le llama “ropita” o “telita”, los nahuas de Tlacotepec la nombran *itzotzol*, literalmente “su vestido”, precisamente porque recubre todo el cuerpo y, cuando se desprende, se deja secar, se dobla y después se coloca debajo de la almohada de su dueño. Esto sucede en la mixteca de Puebla, pero en la Sierra Negra se dice que es el pequeño el que se deshace de ella, es precisamente su *alter ego* el que la esconde en un lugar seguro (Fagetti 2003:53-83; Romero 2003a:85-105). Así le explicó a Laura Romero Casilda Valdivia, *tepopova* de San Sebastián Tlacotepec, el nacimiento de estos niños que tienen el don de curar:

Se la tiene que quitar solito con sus manitas... y la guarda. Cuando un niño que trae su ropa nace, no luego luego lo enseñan, sino que lo esconden, luego luego se esconde a la mamá y al niño. Lo esconden y los demás lo saben hasta los cuatro días. Ponen al niño en un lugar alto, lo esconden en una caja de cartón o en un tenate, cuando abren y enseñan al bebé es porque ya se fue a guardar su ropita al monte, entonces es cuando toca la caja (Romero 2003:89).

El niño que “nació con la ropita” es sumamente vulnerable y se debe proteger de los brujos. Se dice que al enterarse del nacimiento de un curandero bueno, algún nahual podría hacerle daño, puesto que al crecer constituirá una verdadera amenaza para él. De hecho, en Tlacotepec, los brujos, conocidos también como nahuales, nacen con la “ropita negra”, símbolo de la maldad que encarnan (Fagetti 2003a).

A veces la partera o los padres del niño no tienen el cuidado de conservar la “ropita”, puede suceder que sea enterrada junto a la placenta por ignorar lo que ésta representa o premeditadamente, con la intención de privar al futuro curandero de un elemento que le es necesario para vivir, dado que contiene la energía vital del pequeño. En efecto, en la mixteca, cuando el niño se enferma, se hierve un pedazo de la “telita” y se baña con esa agua, lo cual significa que el agua se impregna de la fuerza anímica contenida en ella y ésta se transmite al niño con el baño, lo cual implica que, al devolverle la fuerza, le devuelve la salud.

Al muñón, por ser el doble del niño, se le da un trato particular y se le manipula con la intención de influir y obtener el mismo resultado en el niño, mientras que la “ropita” solamente encierra su fuerza anímica, en virtud de haber sido parte de él. Es el caso también de las sustancias que provienen del cuerpo, como la saliva, por ejemplo, vehículo transmisor del daño, mediante el cual el nahual ataca a sus víctimas. Acompañada de las palabras idóneas, la saliva sale como escupitajo de la boca cargada no sólo de su energía maligna, sino de la intención de hacer el mal, y cae al suelo, cer-

ca del destinatario o cerca de donde es muy probable que éste vaya a pasar. O pueden ser las palabras y las maldiciones las que sean portadoras del daño. Al proferirlas, se cargan del aliento dañino del hacedor del mal, son portadoras de su fuerza anímica y, en este caso, sin que prive contacto físico, alcanzan a su víctima para cumplir con su cometido. En el mismo sentido, las palabras benéficas del curandero tienen el poder de curar y contrarrestar los efectos de la maldad.

Si el cuerpo sutil está contenido en cada porción del cuerpo, no cabe duda de que también los huesos lo albergan, pues en ellos se encuentra, como lo señala Françoise Héritier, el principio de la transmisión ininterrumpida de la vida. Idea que coincide con lo expuesto por Patrick Johansson, quien sostiene que en Mesoamérica “[...] el hueso generalmente considerado como un símbolo de muerte sería de hecho el principio mismo de una eterna regeneración vital dentro de una envoltura carnal viva pero ineludiblemente putrescible” (Héritier 1996 : 141 y 145; Johansson 1998 : 95).

Los huesos de muerto son prácticamente el ingrediente más utilizado por el perpetrador del mal. Éstos se sustraen a escondidas de un cementerio, se reducen a polvo para disimular su origen y, a veces, mezclados con la misma tierra del panteón o solos, se suministran a la víctima, espolvoreados en un taco o disueltos en alguna bebida, se mezclan con otras sustancias y se tiran o se sepultan cerca de la casa de la víctima. El caso es que al ser ingeridos se introduce en el cuerpo del incauto también su fuerza anímica, el cuerpo sutil del difunto. Las almas de los muertos son los mejores aliados de los brujos. Ellos los invocan en los ritos cuya finalidad es procurar el mal a una persona. Quienes acuden en su ayuda son las almas de aquellas personas fallecidas prematuramente, cuya vida fue truncada por el destino, en un accidente, o por la voluntad explícita de su asesino de terminar con ella.

Son almas sumamente resentidas contra todos los vivos y no tienen escrúpulos en participar de las fechorías de los especialistas de la maldad, sobre todo porque, en muchos casos, la muerte de la víctima significa para ellos la posibilidad de dejar de estar cerca de los “mundanos” y alcanzar a aquellas almas que ya purgaron sus culpas y ya no tienen ningún pendiente con ellos y su mundo. Sin embargo, hay que mencionar que muchas veces los huesos son robados del sepulcro sin el permiso de su dueño. Esto provoca que su inconformidad y enojo se descargue sobre el mal aventurado, ¡cumpliendo con los fines perseguidos por el brujo!

Los efectos de la presencia del cuerpo sutil, un cuerpo extraño en principio, en el cuerpo del individuo objeto de la brujería, es nefasto. Explican los curanderos que la inclemencia de su dueño, y su carga energética negativa, comienzan a actuar y quien lo tiene literalmente adentro empieza a sentirse mal, no tiene ganas de comer o rechaza cualquier alimento. Una curandera de Xochihuehuetlán, en el estado de Guerrero, me contaba cómo un paciente que sufría un malestar relacionado con la digestión, previo suministro de una purga y con varias limpias, obviamente, arrojó el pedazo de carne “preparado”, el hechizo en sí, después de casi dos años de habérselo comido. El

caso descrito remite al “contagio” de un elemento ajeno y maligno que al invadir el cuerpo de quien lo recibe, lo contamina. Incluso puede dañar simplemente el contacto con los efluvios que despiden huesos y tierra de panteón, sin necesidad de ingerirlos. Es común que éstos se abandonen cerca de la casa de la víctima o se “espolvoreen” encima de alguna prenda, con mejores resultados si se trata de ropa íntima.

Existe otra práctica que puede conducir al aniquilamiento de la víctima. Consiste en depositar en el ataúd de un difunto, o enterrar en el panteón, una prenda de la persona, impregnada de su energía vital. En este caso, la cercanía con el muerto, con su energía mortífera, conduce al individuo a la muerte en virtud de la transmisión y el contagio. Es como si él mismo estuviera sepultado, lo cual merma paulatinamente su fuerza vital y causa la muerte.

La fotografía es usada comúnmente en la medicina tradicional como sustituta de la persona. Últimamente es un recurso usado con frecuencia por los emigrantes. Al no poder acudir personalmente a la consulta con el curandero, envían por medio de un pariente su retrato para que el especialista los ayude a tener trabajo o para que los cure a distancia. Un curandero de Tecali, de tan solo doce años, “se concentra” por las noches para que la travesía por el desierto no lleve sorpresas y sus paisanos puedan llegar pronto a Los Ángeles, California. La fotografía permite también “trabajar” a la persona sin que ella lo sepa. La esposa interesada en que el marido se porte bien, deje el vicio del alcohol, deje de ser mujeriego o vuelva a la casa, le entregará a escondidas una foto suya a una curandera para que aplique sus conocimientos de magia amorosa.

Cuando el brujo se sirve de un muñeco para hacer daño, podría utilizar cabellos y uñas de su víctima, pero dada la dificultad de conseguirlos, es más probable que lo fabrique con un objeto que estuvo en contacto con ella, como una prenda, el sombrero o un guarache, sustraídos previamente de su casa. Del cuerpo sutil de la persona se impregna cualquier objeto que haya sido usado por ella, según explican los curanderos, especialmente por el sudor que se le adhiere.

Igualmente, cuando la efigie de la víctima, su “representante”, se prepara con una fotografía y el brujo actúa sobre ella, le inflinge el mal que quiere que su “representado” sufra, según el principio de la magia imitativa, resaltado por Frazer, según el cual “lo semejante produce lo semejante o que un efecto se parece a su causa”. Es por ello que el ensartar en el fetiche diminutos alfileres provoca en el individuo un daño similar, es decir, que éste sentirá punzadas en todo el cuerpo. Si el muñeco es enterrado debajo del fogón, una fiebre persistente consumirá lentamente a la víctima del maleficio.

Cuando se utiliza una prenda, uñas o cabello, el especialista está recurriendo también a la “magia contagiosa”, es decir, asumiendo implícitamente que “las cosas que han estado una vez en contacto mutuo continúan actuando entre sí a distancia, incluso después de haber sido eliminado el contacto físico” (Beals y Hoiyer 1973: 587). A este mismo principio obedece el acto de dañar a un individuo por medio de “su

rastro”. El brujo recoge la tierra que éste pisó y la quema con aceite. El resultado es obvio: le arderán los pies, porque la tierra con la que estuvo en contacto se impregnó de su fuerza anímica y ahora está siendo quemada.

Es en este sentido que la veladora es utilizada por el especialista en el rito de curación de sus enfermos. Al limpiar con ella al paciente, ésta absorbe la energía negativa que éste carga y al mismo tiempo “se contagia” de su esencia vital. Cuando es colocada en el altar y el curandero ora e invoca a las divinidades que intervienen en la sanación, el paciente está allí, presente en el altar, y recibe los influjos benéficos que el rito moviliza y que la vela recibe y le transmite a su vez, gracias a esa conexión simbólica que los vincula. Cuando la intención es provocar el daño, el brujo utiliza veladoras negras, en lugar de blancas, y las prende al revés. La inversión de los gestos, e incluso de las palabras, cuando se pronuncian las oraciones al revés, tiene justamente el efecto contrario al que se persigue cuando se quiere curar y hacer el bien.

Como mencionaba anteriormente, el cuerpo sutil puede abandonar a la persona a consecuencia de una fuerte emoción, como es el caso del susto, quedándose en el lugar del accidente, a menudo atrapado por su “dueño”. Puede ser la “dueña” del agua, del cerro, o la misma Tierra, seres ávidos de la entidad anímica de naturaleza caliente que distingue a todo ser humano (López Austin 1984: 248). Entonces, para la recuperación del espíritu del enfermo que “está quedado” en el agua o en la Tierra, el curandero recurre al nombre propio, es decir, lo llama, le “grita” al *alter ego* de la persona dirigiéndole estas palabras: “María, vente, no te quedes allí, despierta, ¡regresa!”. Al escuchar el llamado del curandero, ritual que éste lleva a cabo en la noche, cuando todo está en silencio, el espíritu regresa al cuerpo físico.

En muchas ocasiones se debe ofrendar a quien lo tiene prisionero un par de huevos, en los casos más difíciles se requiere un gallo, una gallina o un guajolote, que se quedan en su lugar. Es un don que los “dueños” reciben favorablemente, pues los blanquillos –que contienen la fuerza vital del paciente– también son alimentos, como lo son las entidades anímicas (Romero 2003a y 2003b; Fagetti 2003a). Los huevos o los animales son considerados como el “reemplazo”, es decir, el pago que el paciente debe entregar a quien tiene su *alter ego*. El “dueño del cerro” o del agua, o la Tierra misma, son quienes reciben lo que puede ser intercambiado por el principio vital de la persona retenido en sus dominios, porque son homólogos. Tanto los huevos como el animal son seres vivos, poseen un cuerpo sutil, poseen una fuerza anímica y ésta es entregada a los seres de la naturaleza para que tomen el lugar del individuo. Como explica don Mario, curandero de Tlacotepec, los huevos que se entierran en el lugar donde se espantó la persona constituyen un pago, el *tlapatcayotl*, que el curandero entrega al dueño del lugar para que, a cambio, suelte el *tonal* del paciente. Gómez Sántiz (2005:74) afirma que los tseltales denominan al sustituto del enfermo *k'exolil*.

El espíritu de alguien que sufrió un susto puede ser llamado soplando el nombre en una botella o teniendo cerca una jícara, que se quedan en el altar toda la noche.

Lo mismo se hace con una prenda. El curandero acude al lugar donde se ha “quedado” el espíritu y lo llama golpeando el suelo con una camisa o recoge un poco de agua del río o un puñado de tierra. Después regresa donde está el paciente sin hablarle a nadie, ni voltearse, pues el espíritu podría cambiar de rumbo y regresar donde se encontraba. El agua, la tierra y la prenda son el vehículo mediante el cual el curandero traslada el *alter ego* reconduciéndolo a su receptáculo natural, porque el paciente, al tomar unos sorbos de agua, sola o con una pizca de tierra, absorbe su propia fuerza vital o entra en contacto con ella al vestir la prenda. Incluso si se duerme es buena señal, significa que el *tonal* aprovechará el sueño para introducirse nuevamente al cuerpo (Fagetti 2004).

Lo que une la persona con su *alter ego* es una conexión invisible e impalpable que sigue existiendo no sólo en el mundo de la vigilia, a pesar de la distancia que medie entre uno y otro, sino en el mundo invisible de los sueños y el trance. Es inevitable que el *alter ego* se aleje del cuerpo físico cuando la persona duerme, como ha sido ampliamente documentado en los estudios sobre el cuerpo humano y la noción de persona. Las andanzas nocturnas extra-corporales del cuerpo sutil prueban un hecho: que éste es la persona, es su doble, incluso asume en los sueños su semblante, mientras ésta, sin su entidad anímica, permanece cómodamente dormida en la cama.

Asimismo, es propia de su naturaleza la capacidad de tener una existencia nocturna autónoma —no sólo cuando el cuerpo duerme, sino en el trance también—, cuando se desprende del cuerpo y se adentra al mundo invisible. Allí vive todo tipo de encuentros y experiencias, a veces placenteros, a veces francamente peligrosos y negativos para él. Si la persona se ve a sí misma cayendo a un precipicio, recibe un susto que provoca que su entidad anímica se quede atrapada en el lugar, lo mismo que ocurre cuando el susto sobreviene en la vigilia. Al despertar, la persona comienza a percibir las consecuencias típicas de la pérdida de la entidad anímica: inapetencia, desgano, insomnio o sopor en diferentes horas del día, señales inconfundibles de que el asustado está incompleto, porque carece de la parte de su ser que está relacionada con la vitalidad.

Sólo el doble del curandero podrá rescatarlo y reintegrar el cuerpo sutil al cuerpo físico para que el enfermo recupere con el principio vital su plenitud, o sea, todas sus facultades y propiedades que lo harán sentirse bien. Para cumplir con su misión tendrá él mismo que actuar en el mundo invisible, donde recibirá la ayuda de sus espíritus auxiliares.

Un curandero de San Miguel Tzinacapan, población nahua de la Sierra Norte, me relató cómo pudo traer de regreso el “espíritu” de su paciente, que desde hace varios días yacía en el fondo de un río en el estado de Oaxaca. Su *alter ego* tuvo que valerse de San Andrés, no solamente porque no conocía ese estado y no sabía cómo encontrarlo, sino porque el santo es renombrado entre los especialistas rituales de la región por su habilidad en recuperar la entidad anímica “quedada” de quienes se asustaron

en el agua. Esta habilidad la adquirió no sólo porque fue pescador antes de convertirse en uno de los seguidores de Cristo, sino porque resucitó a cuarenta náufragos que perecieron en el mar en el intento de alcanzarlo y cuyos cuerpos el mar devolvió después depositándolos en la playa (Santiago de la Vorágine 1989: 32). El curandero, guiado por San Andrés, voló hacia el río, vio en el agua una bola, era su paciente, lo jaló sirviéndose de una “garrocha” y lo trajo de regreso.

Según los nahuas de Puebla, el mundo invisible es también el ámbito propicio para la brujería. El nahual persigue a su víctima en los sueños, atrapando a una de las manifestaciones del cuerpo sutil: el *tonal*, el *alter ego* animal que cada persona tiene, que comparte con ella la fuerza vital y que los ata a un mismo destino: si algo afecta al animal compañero, el daño repercutirá también en el individuo. El *tonal* es encerrado en un corral o escondido en una cueva, donde no pueda alimentarse y donde languidece en espera de la muerte. Si el curandero no logra primero localizarlo y luego sacarlo de su prisión, el brujo habrá alcanzado su fin: privar de la vida a su enemigo, o al enemigo de su cliente, atacando a su *alter ego* animal (López Austin 1984; Signorini y Lupo 1989).

A menudo, en los sueños del curandero, cuando éste sale en busca del doble de su paciente, no lo “ve” tal y como es la persona, sino que en su camino encuentra un sombrero, el calzón, los guaraches o un machete si se trata de un hombre, o un huipil, la nagua, un peine o unos aretes si la interesada es una mujer. Estos objetos, directamente vinculados al género masculino o femenino, simbolizan a un hombre o a una mujer y están en su lugar, por lo cual el curandero debe analizar el mensaje y actuar en consecuencia. Los sueños son el ámbito de la expresión simbólica y metafórica por excelencia, donde los signos manifiestos que éstos contienen deben ser interpretados por el especialista, quien no sólo sabe curar, sino que es quien puede descifrar el contenido de cada una de las revelaciones oníricas.

#### REFLEXIONES FINALES

El principio rector de la cosmovisión mesoamericana es la idea según la cual la persona está integrada por un cuerpo físico, visible, palpable y material, y un cuerpo sutil, invisible, impalpable y etéreo, que conforman una sola unidad. De hecho, el cuerpo físico, como conjunto de sangre, carne, huesos, órganos y humores, es un cuerpo vivo porque posee el principio vital, considerado como un soplo, una fuerza y una energía, que lo anima y le infunde vida. Esta fuerza está esparcida en todo el cuerpo y al mismo tiempo se concentra en algunos puntos, como son, por ejemplo, el corazón, la cabeza o las coyunturas. Es una y múltiple a la vez, puesto que como un todo o como parte puede separarse del cuerpo físico.

Este principio vital es concebido tanto como una fuerza que ocupa cada porción del cuerpo físico, como un ente relativamente autónomo, *alter ego* de la persona, por-

que constituye precisamente esa parte incorpórea de la cual todo ser humano está dotado por el solo hecho de existir. Así como éste le infunde energía al cuerpo y lo mantiene en vida, su salida definitiva produce la muerte, o la enfermedad, cuando está siendo afectado por la acción de algún brujo o está “quedado” en algún lugar y la persona sufre las consecuencias al no estar “completa”.

El cuerpo sutil abandona el cuerpo físico y vaga por las noches mientras la persona duerme, adentrándose en el mundo invisible, donde vive todo tipo de experiencias que se reflejan en las imágenes oníricas. El cuerpo sutil está en la sangre, sinónimo de vida porque es portadora por excelencia de la energía vital. Entra y sale por pulsos y coyunturas, las fronteras permeables del cuerpo mediante las cuales está en una interacción continua con el mundo circundante, de donde el cuerpo absorbe también las energías que pueden resultar benéficas o dañinas para el individuo, por donde se desechan humores y efluvios perniciosos, por donde se reciben también los influjos benéficos de las sustancias curativas (Fagetti 2004: 153).

El cuerpo sutil impregna con su fuerza anímica cada una de las partes que conforman el cuerpo humano y su presencia perdura aún después de su separación. Al contener esta energía vital, uñas y cabellos, por ejemplo, pueden ser utilizados para sanar o enfermar a una persona, porque aun estando separados del cuerpo físico, contienen su propia fuerza anímica y son, por lo tanto, la persona misma, es decir, que la parte es el todo al mismo tiempo.

Asimismo, pasando por las aperturas del cuerpo, como son pulsos y coyunturas, la fuerza vital del individuo sale propagándose y adhiriéndose a todos los objetos de uso cotidiano que están en contacto con él, como la ropa. Es gracias a la característica del cuerpo sutil de fragmentarse y conservar en cada parte o en cada objeto que lo contiene su individualidad que éstos “se contagian” de la energía vital y por ello comparten con la persona una relación de consustancialidad y se convierten en su extensión, la sustituyen y la representan en un contexto simbólico en el cual, acorde con los principios de la medicina tradicional, es posible manipularlos para influir en la persona u obtener determinados fines, como puede ser propiciar la curación o provocar el infortunio, la enfermedad y la muerte.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVARADO, P. (2004) *Atar la vida, trozar la muerte. El sistema ritual de los mexicanos de Durango*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- BEALS, R. y HOIJER, H. (1973) *Introducción a la Antropología*. Madrid: Aguilar.
- DE LA VORÁGINE, S. (1989) *La leyenda dorada*. Madrid: Alianza Forma.
- FAGETTI, A. (comp.) (2003a) *Los que saben. Testimonios de vida de los médicos tradicionales de la región de Tehuacán*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/CNDPI.
- \_\_\_\_\_. (2003b) “Carmen Castro Montalvo, Tlamatqui y Temaquixti, la que sabe curar y partera” en A. Fagetti 2003a.

- \_\_\_\_\_ (2004) *Síndromes de filiación cultural. Conocimiento y práctica de los médicos tradicionales en cinco Hospitales Integrales con medicina Tradicional del Estado de Puebla*. México: Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Salud.
- GALINIER, J. (1990) *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas/Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto Nacional Indigenista.
- GÓMEZ, M. (2005) *J-ioletik. Médicos tradicionales de los Altos de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Gobierno de Chiapas.
- HÉRITIER, F. (1996) *Masculinolfemenino. El pensamiento de la diferencia*. Barcelona: Ariel.
- ICHON, A. (1990) *La religión de los totonacas de la sierra*. México: Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- JOHANSSON, P. (1998) *Ritos mortuorios de los nahuas precolombinos*. Puebla: Secretaría de Cultura del Estado de Puebla.
- LÓPEZ AUSTIN, A. (1984) *Cuerpo humano e ideología*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- PAGE, J. (2005) *El mandato de los dioses. Etnomedicina entre los tzotziles de Chamula y Chenalhó, Chiapas*. México: PROIMMSE-UNAM.
- PITARCH, P. (1996) *Ch'ulel: una etnografía de las almas tzeltales*. México: FCE.
- ROMERO, L. (2003a) *Cosmovisión, cuerpo y enfermedad: el espanto entre los nahuas de Tlacotepec de Díaz, Puebla* en Tesis de Licenciatura en Etnohistoria, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- \_\_\_\_\_ (2003b), “Casilda Valdivia Ramírez, Tepopova, la que hace limpias” en A. Fagetti (2003a), 85-105.
- SAHAGÚN, FRAY. B. de (1982) *Historia general de las cosas de Nueva España*. México: Porrúa.
- SIGNORINI, I. y LUPO, A. (1989) *Los tres ejes de la vida. Almas, cuerpo, enfermedad entre los nahuas de la Sierra de Puebla*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- TIBÓN, G. (1985) *La tríade prenatal (cordón, placenta, amnios). Supervivencia de la magia paleolítica*. México: FCE.